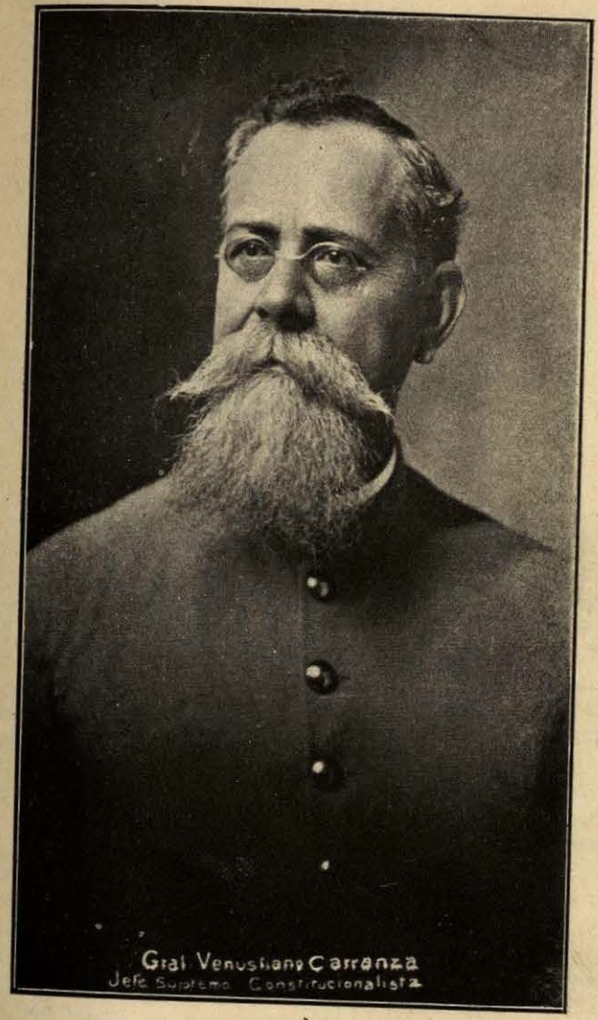
EL DOLOR MEXICANO.



Gral. Venustiano Carranza
Jefe Supremo Constitucionalista

Ya hemos traspuesto la línea del estupor. De la mentira ambiente, sacad, mexicanos, criollos o indios, conscientes o ignaros, la verdad luciente. De los gritos, de los gestos, de los estertores, sacad piedad, pero no la piedad asesinada en la frente noble y bendita de Madero, sino la piedad robusta que castiga al que no tiene piedad.

El México que dejó el General Díaz padece de una extrema postración cívica, no obstante las convulsiones que lo agitan. Sus héroes son tanto más grandes, su sacrificio tanto más admirable, cuanto más seguros están de la ingratitud, del olvido.... En otros pueblos, los Serdán, los Madero, los Pino Suárez, los Bassó, los Abraham González, los Marcos Hernández, los Mendoza, los Domínguez, los Argüello, tantos otros, tendrían ya en vibración a todas las cuerdas de todas las liras. Como la música, la gloria necesita cantores o ejecutantes que la interpreten, pero en México han muerto los cantores después de haber ensuciado su plumaje en el pantano...

Reyismo, felixismo, orozquismo, ... todohuertismo. Para bautizar una idea con el nombre de una persona, precisa como primera condición que esta idea contenga una DOCTRINA y que la persona de quien toma el nombre, la conciba, la propague, la defienda, la encarne, permanezca dentro de su lógica y se erija, en fin, en apostol de ella. Por eso se dice cristianismo, budismo, darwinismo, como se dice voltairiano, jacobino, wagneriano, marxiano, tolstoiano. México ha tenido grandes libertadores como Hidalgo y Morelos; grandes reformadores

como Juárez y Lerdo, grandes patriotas como Ocampo, pero un sólo apóstol: Madero. Madero es el primer evangelista y el primer mártir de la libertad y la honradez política tanto más grande, cuanto que, gobernante, practicó la libertad y la honradez política en lo que humanamente tenían de practicable en un país enfermo de cobardía y de incivismo, y el haber practicado lo que se creyó impracticable, lo convirtió en mártir de la idea de la cual fué apóstol. Como Cristo, Madero tuvo sus fariseos. Los odios que provocó, tuvieron análogas causas. Madero es un apóstol perfecto porque llenó las tres esenciales condiciones:

MISION, MODELO, EJEMPLO.

Por la pureza de su vida, la sinceridad de su palabra, la lógica de su acción y la originalidad de su ensayo democrático, sobrepujó en idealismo a todas las grandes figuras contemporáneas. Su biografía es la historia de la emancipación mexicana, porque su doctrina contiene, dentro de un "medio" político, el "fin" supremo de la redención india. Su personalidad, surgida un siglo después de la de Hidalgo, representa al hombre perfecto, por la imitación del cual, y por ningún otro medio, encontraremos la paz verdadera. Madero es el Maestro. ¿Quién en su época igualó su virtud, su simplicidad, su audacia, su firmeza, su heroísmo? Y, ¿quién como él, conmovió a los simples? ¿Qué benignidad, qué caridad, qué mansedumbre supo acercarse mejor a ellos? El hubiera querido como Rousseau, "que la voluntad del pueblo fuera el único poder sobre la tierra;" él hubiera querido, como Guzmán Blanco, "una escuela en cada calle." Su tolerancia religiosa, como su transigencia política, jamás fueron igualadas por ningún gobernante, como su nacionalismo y su futurismo fueron también incomparables. Madero es la figura central, esencialmente representativa de esta gran época. Todo el espíritu nacional se concentra en él. Formulada en el dogma del sufragio popular y la alternabilidad del gobierno, su doctrina encierra como matemática consecuencia la redención y el resurgimiento de la gran familia azteca y la creación, por ende, de la verdadera patria mexicana.... Locura, dicen algunos. Sí, locura, pero como Facundo, el de la epopeya de Sarmiento, Madero es el califa nómada que trae a su país, enfermo de autocracia y de incivismo, la promesa de un mensaje divino. La locura de Cristo, la de Juana, la de Vicente de Paul....¿Que se adelantó a su época? El progreso ignora los siglos y las horas. El progreso es un trabajador continuo y ciego: cuenta el tiempo por el tiempo mismo. Las plantas crecen, se multiplican y el mundo marcha sin detenerse. El pensamiento sólo se detiene con el sueño, con el letargo o con la muerte. Madero no pretendía "realizar" sino "empezar." Y empezó "realizando." Toda su política pone de manifiesto esta tendencia. Además, ¿por qué no hubiera realizado Savonarola o Wiclef lo que realizó Lutero? ¿Y Juan Bautista lo que realizó Jesús? Los precursores son los exelsos fracasados del progreso humano. Pero Madero no fué un profeta que predice por inspiración divina, ni un precursor que prepara los actos, la existencia de otras cosas humanas: Madero fué un transformador, un *realizador*. Su CONCEPCION, su EXPRESION, su ACCION culminaron en la obra que, si fué cortada cuando empezaba a producir sus frutos, no fué por ello menos positiva. ¿Qué obra *realizó* Madero? No lo preguntéis al oficinista, ni al estudiante, ni al profesionista, ni al publicista, ni al militar, ni al negociante. Desdeñad a estos esclavos que jamás aspiraron a derechos políticos ni a mejoramiento social alguno. Preguntadlo al obrero, a toda la gran falange de trabajadores urbanos, de obreros fabricantes y labradores de los campos. Preguntadlo a los abandonados, a los desvalidos, a los perseguidos que son la masa. Preguntad, sobre todo, a los proletarios conscientes, quién es el autor de su Breviario. Preguntad a toda la presente ge-

neración de ferrocarrileros, de artesanos, de peones, a todo ese conjunto de hombres que forman el verdadero músculo de la nación mexicana, cuáles son sus derechos, dónde están sus derechos y por qué perdieron sus derechos. Preguntadles si Huerta, al soltar el puñal traicionero, no se ocupó inmediatamente de abolir todos los derechos fundamentales de los gremios, de estorbar y aun disolver sus sindicatos, sus agrupaciones; de violar sus garantías afiliándolos por la fuerza bruta en las hordas de sus sicarios para obligarlos a batirse con sus salvadores, con sus hermanos; de perseguirlos por todos los medios y todas las formas del bandidaje vestido de gendarme.

Esos abusos, esas arbitrariedades fueron los que hicieron llorar a Madero, los que lo llevaron a la acción. Solo una verdad nos lleva a la acción: la que nos hace llorar. Un apóstol es un gran Entusiasta.

El apóstol remueve las fuerzas sociales, formula sus necesidades; pero las grandes transformaciones solo las produce el malestar público y el empuje de las circunstancias. El apóstol no es el agitador. El agitador excita a un grupo, conmueve a las multitudes, pero jamás marcha a su cabeza en los momentos de peligro. El apóstol personifica la idea, encarna la aspiración común y se inmola por ella en cualquier momento, porque sabe que su sacrificio será fecundo. La gloria o la responsabilidad de Madero están estrechamente ligadas a la responsabilidad o la gloria del pueblo mexicano.

Toda sociedad es responsable de la indisciplina de sus desheredados. En toda sociedad cuya clase directora no se ocupa del mejoramiento de sus clases productoras, la revolución existe. De la protesta interna a la insurrección declarada, no media más tiempo que el que un hacha tarda en caer o un hachón en encender.

El hachón de Madero fué una antorcha. Y también un pebetero. Alumbró y perfumó. Pero a menudo, no es sino después de la muerte cuando las buenas inspiraciones se extienden como un suave perfume alrededor de la tumba....(1.)

Un régimen que se compone de dos clases: una clase privilegiada y otra que está sujeta a ella, un régimen tal, tiene un nombre, se llama *régimen aristocrático*. Este sistema puede ser defendido en nombre de principios que durante siglos parecieron buenos y lo parecen aún hoy día en muchos países, cuando se trata de una casta física o moralmente superior y otra inferior; cuando se crea una nobleza entre los hombres que han derramado su sangre, han defendido el suelo patrio y mostrado cualidades de valor y de voluntad que los hacen físicamente superiores a sus compatriotas, (2) o bien, en un sentido más moderno, cuando para ejercer funciones superiores se seleccionan los directores entre una "élite" de hombres cuya cultura, talento o carácter los distingue como más aptos para la dirección de los negocios públicos, lo que es más razonable y ha llegado a establecerse en las modernas democracias.

Pero cuando en un país como México, esta superioridad de la clase aristocrática no existe sino ilusoriamente, por la fuerza de las cosas establecidas, por recientes espoliaciones o por ese lejano ayer que se llama la "tradición;" cuando esa dominación no es debida a servicios prestados por sus familias a la nación en otros tiempos o por las cualidades superiores de ellos mismos; cuando es debida *exclusivamente* a sus abusos o a los abusos de sus antepasados, encomenderos y negociantes de la antigua colonia, semejante orden de cosas

---

(1.) Este artículo apareció en uno de los primeros números de "El Liberal."

(2) En las antiguas monarquías, se llamaba "patriotismo" al valor con que los privilegiados defendían el territorio usurpado en el cual ejercían opresión sobre sus siervos. Cuando el país estaba amenazado, no podían razonablemente contar con la ayuda de los oprimidos para protegerlos contra el extranjero. Los castellanos de la edad media y la nobleza de las monarquías absolutas, tuvieron al menos la gloria de no haber nunca rehusado su sangre para el servicio de su rey o el mantenimiento de sus privilegios.

no debe seguir existiendo porque su mantenimiento es inícuo y contrario a la paz pública.

***

"Todo el mundo estaba espantado de la desorganiza-
"ción universal. Se quería un gobierno.... A muchos pa-
"recía que la sociedad caía hecha polvo y se disipaba a los
"cuatro vientos. Había prisa en reunir, de grado o por
"fuerza, estos elementos indóciles, en reconstruir la unidad
"de un nuevo edificio social.... Los políticos gritaban: "pe-
"recemos." El campesino sonreía."

"Como la nueva creación era vasta y complicada, jus-
"tamente por eso era mal comprendida. No se percibía si-
"no el azar, el desorden exterior; no se alcanzaba a ver el
"orden profundo que la naturaleza sabe alcanzar en el fon-
"do de sus obras. Lo que espantaba era precisamente la
"complicación del fenómeno y allí estaba su fuerza."

Estas palabras de Michelet, que se refieren a la Revolución Francesa, pueden aplicarse en toda la fuerza de su sentido a la Revolución Mexicana.

Las tierras mexicanas se encuentran en manos de un pequeño grupo de individuos, herederos del privilegio colonial o favorecidos por los regímenes que, bajo diversas etiquetas, han venido gobernando al país desde Iturbide. Estos favorecidos se han repartido el territorio en porciones tan grandes como algunos estados europeos, y su tiranía sobre las clases laboriosas, dentro de sus pertenencias, es mucho más absoluta que la de los antíguos "Señores" europeos sobre sus siervos.

Si este feudalismo criollo, más pernicioso aún por su apatia que por su crueldad, estuviera representado por individuos "de raza ruda, toda masculina, de fuerza bruta", según la definición de Emerson, comprenderíamos su persistencia. Si los grandes poseedores del inmenso latifundio mexicano tuvieran una ética superior, una mentalidad más elevada que el gran resto de los que

componen la nacionalidad mexicana; si estuviese constituido por los más capaces, los más fuertes o los más justos; si a la vez que los privilegios y las bonanzas tuvieran el sentimiento de sus responsabilidades y cumplieran con sus obligaciones amparando y mejorando la condición de los infelices despojados convertidos en siervos; si el origen de su patrimonio fuese otro que el abuso colonial o criollo; si representase otra cosa que el estrecho y atrasado espíritu español deprimido por la holganza y el lujo; si hubiera producido otra cosa, en cien años, que sangre y ruinas; si el feudalismo criollo, como el antiguo feudalismo europeo, tuviera la nobleza de un Montmorency ("ni maltrato a un inferior ni me arredra un superior") o la fiera altivez de un Rohan ("roi ne puis, comte ne daigne, Rohan je suis") o el genio guerrero de un Condé; si sus miembros tuvieran la brillante prodigalidad de un Buckingham, la erudición de un Alberto de Luynes o siquiera la filantropía del último tocinero de Chicago; si fueran elegantes como Sagan, epicureos como Lauzun, administradores como Louvois, valientes como de Guisa o profundos como La Rochefoucauld, no exageraríamos nuestro san-simonismo ("a cada cual segun sus capacidades; a cada capacidad segun sus obras"); si las momias de sus antepasados pudieran inspirarnos algun respeto, si hubiera alguna tradición que respetar en sus señoríos; si el feudalismo mexicano fuera una verdadera "aristocracia" "hereditaria", un "nobleza obliga" o una "élite" democrática o un samuraísmo guerrero; una selección intelectual, moral o física; si en nuestro feudalismo nacional viéramos el menor reflejo, el menor brillo del feudalismo francés cuyo poder político fué abolido desde ántes de la Revolución por Luis XI; si los "Señores" mexicanos, iguales a cualquiera en las ciudades, pero dueños absolutos de vidas y haciendas en sus bajalatos, fueran algo, si fueran atra cosa que el resultado de varias generaciones de holgazanes sin responsabilidad, sin obra, sin esfuerzo o de palaciegos sin cultura, sérviles y acomodaticios, no hablaríamos del

"criollo" tanto como vamos a hablar en estos apuntes. El criollo representa, en México, el quince o veinte por ciento de la población total y si solo una parte de la casta es latifundista, el "criterium" en todos, es el mismo. Ese es el criterio que nos proponemos combatir.

Despues de un siglo de vida propia, México no ha podido constituirse en "nación." Nacer en el mismo suelo, obedecer a las mismas leyes, ser gobernado por el mismo gobierno, son cosas que no bastan, pues salvo el nacimiento—cosa accidental—los mismos títulos tendría un extranjero para formar parte de esa nación. La analogía de mentalidad, la comunidad de sentimientos, de intereses, de ideales, de usos y de lengua, son elementos indispensables para constituir lo que se llama "una nación." La ausencia de varios de estos elementos en los heterogeneos grupos que hoy forman el Imperio Austro-Húngaro, hace predecir a ciertos observadores su dislocacion inevitable.

La República Mexicana está dividida, concretamente, en dos grandes grupos; el uno, el aborigene, enorme, pero dislocado, sometido: el otro pequeño, pero organizado; creciendo cada día el uno: reduciéndose el otro por la escasez de inmigración blanca. Hoy día habría que cegarse voluntariamente para no ver que el Indio compondrá siempre y de más en más, la gran mayoría de sus habitantes.

La gloria de Madero consiste sobre todo en haber comprendido que de las disposiciones de esta mayoría tenían que depender, inevitablemente y en último análisis, los destinos de nuestro país. Su caridad le reveló la existencia de un mal que todos codeaban, pero que nadie se atrevía a formular. El corazón, también, tiene sus razones, dicen los franceses. Los ojos del corazón ven a veces más hondo que los ojos del entendimiento. Si el Indio estuviera civilizado, si amara a una "patria" como ya hoy es devoto de su suelo, si se le incorporase a ella,

el Indio marcharía resueltamente en la vía del progreso; pero como por el contrario, el gobierno del General Díaz se despreocupaba totalmente de estas cuestiones, la barbarie del indio separado de sus hermanos criollos, se prolongaba indefinidamente sin que a nadie se le ocurriese poner remedio a una situación erizada de mil peligros, "cargada de dinamita" según la exacta expresión de "Cráter," México seguiría dividido en dos partes, de las cuales, una tendría que usar sus fuerzas constantemente en contener y aplacar a la otra.

El mantenimiento del sistema aristocrático español, es decir, la clase ibera o criolla erigida en verdadera casta, provista de privilegios de toda suerte y la clase indígena mantenida en el embrutecimiento para mejor hacerla soportar el yugo, el mantenimiento de semejante régimen tenía que producir de dos cosas: una o el régimen lograría seguir impidiendo que los indios se civilizasen, en cuyo caso seguirían estos siendo una masa socialmente pasiva e ignorante,—imposibilitando así, al propio tiempo, la inmigración blanca que no podría competir con su baratura—y e staríasiempre dispuesta, en momentos críticos, a responder al llamamiento de cualquier agitador que se le presentase; o, lo que parece bastante posible, los indios, arrancados por fin de su inercia por el espectáculo de la civilización que se les dejaba entrever, se civilizarían a pesar de todo y entonces, a medida que fueran ilustrándose, la enorme fuerza de resistencia que hay en ellos, cedería el lugar a un odio consciente hacia los que se obstinaran tanto tiempo en someterlos a una condición inferior y degradante.

Hasta el momento preciso de la aparición de Madero en la escena pública, el país entero, pero muy notablemente la parte central, más sometida que el resto a la nefasta influencia porfiriana, encontrábase abismado en una cobardía enfermiza, una especie de temblor crónico que le hacía mirar, con bíblico terror, el menor esfuer-